

Una mirada al problema de la nación.
El cambio de siglo.
Laureano Vallenilla y Alberto Edwards



A look to the nation problem. The turn of
century. Laureano Vallenilla and Alberto
Edwards

B R E C H A S

El problema de la nación es un tema de actualidad que necesita ser pensado. Un instrumento para llevar a cabo esta tarea son los ejercicios de reinterpretación histórica. Ellos sirvieron para formular distintas percepciones de la nación, pero siempre con la idea de plantear un futuro mejor. El texto pretende abordar estos temas a partir de algunas observaciones sobre la obra de Laureano Vallenilla Lanz y Alberto Edwards Vives.

The problem of the nation is a present time subject that needs to be thought. An instrument to carry out this task is the exercises of historical reinterpretación. They served to formulate different perceptions from the nation, but always with the idea to raise a future better. The text wants to approach these subjects from the analysis of the work of Laureano Vallenilla Lanz and Alberto Edwards Vives.

Una mirada al problema
de la nación.
El cambio de siglo. Laureano
Vallenilla y Alberto Edwards¹

D ■ Los problemas

entro del vasto problema de la definición de lo social, la disciplina histórica ha tenido la necesidad de apelar a múltiples referencias, en particular en lo que tiene que ver con el uso de categorías forjadas en el desarrollo de otras ciencias sociales. El desenvolvimiento de este intercambio complejo y abigarrado trajo enormes retos al interior de la ciencia histórica en el ámbito latinoamericano. La consolidación de la modernidad cultural en América Latina comparte una entremezcla de diferentes tiempos y lógicas que conlleva a la fragmentación identitaria, la discontinuidad histórica, la heterogeneidad cultural y la proliferación de sentidos divergentes que plantean interesantes retos y problemas a la tarea de la reflexión historiográfica.

■ Historia y ciencias sociales: representar “lo social”

Las relaciones entre la historia y las ciencias sociales suscitan amplias inquietudes. En la actualidad, los estudios históricos buscan reducir el exceso de información

¹ La realización de este trabajo forma parte del proyecto de investigación Escritura de la Historia, Instituciones e Imágenes de Identidad en San Luis Potosí (C04-FAI-10-40.83 UASLP).

* Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Correo electrónico: alekosbe@uaslp.mx

sobre los hechos para retener algunos patrones básicos: las ceremonias, los ritos, las creencias, las actitudes, lo que implica el uso de categorías surgidas al calor de disciplinas como la antropología, la etnología y la sociología, que han llevado a emprender una serie de debates y ocasionado tensiones que se encuentran en el desarrollo de la historia social y la sociología histórica. Uno de estos aspectos tiene que ver con la convicción de que no existe una definición autónoma o propiamente histórica de los hechos que aborda la disciplina histórica porque no son “hechos puros”, ya que surgen en función de una determinada construcción (Colmenares, 1987; Juliá, 1989). Debates como estos tienen muchas implicaciones en el desenvolvimiento de la disciplina histórica en América Latina, con independencia de la participación que en los mismos han tenido los historiadores latinoamericanos.

Dentro de las discusiones actuales sobre el problema de la representación y de la narratividad, las reflexiones acerca de la cultura y la representación de lo social en América Latina suponen problemas sobre el quehacer mismo de la historia como una forma privilegiada de expresión cultural que tiene como criterio de validez la capacidad de incorporar, en el marco de su producción, los rasgos específicos de su mundo circundante.

■ De vuelta a un viejo tema: la nación

Los temas de la narratividad y la representación, además de tocar las estrechas relaciones entre el quehacer de las ciencias sociales y las humanidades, han traído de vuelta el olvidado tema de la identidad nacional y han hecho visible la injerencia de los productos intelectuales en los procesos de representación y construcción de la nación y las nacionalidades.

La construcción de la nación fue el tema con que empezó y terminó el siglo XX latinoamericano. Pero el problema de la nación y de la consolidación de un proyecto político y cultural nacional no fue un asunto sencillo. Confluyeron en él varios puntos de tensión que delimitaron rumbos abiertos y orientaron el tema de la nación hacia los más variados escenarios. Tal dinámica llevó a una especie de ocultamiento del problema nacional que se perdió de vista dentro de la esfera de los intereses políticos y culturales por más de media centuria, cuando predominó la

preocupación por el desarrollo y la inserción de América Latina en el mercado capitalista mundial. Las crisis de fin de siglo XX reavivaron nuevamente el asunto. Un problema que se perfila sólo en los extremos de un siglo permite fijar la atención en esos puntos de referencia.

A principios del siglo XX, obras como la del peruano Francisco García Calderón, la del boliviano Alcides Arguedas, la del chileno Alberto Edwards, o la del venezolano Laureano Vallenilla se presentan como referentes importantes para aproximarse a las condiciones del pensamiento latinoamericano sobre el problema de la nación. Estos autores se inscriben dentro de las preocupaciones generales sobre la certeza de que los Estados nacionales habían alcanzado cierto orden cívico y un progreso económico basado en la consolidación de una realidad geográfica y política. Sin embargo, las transformaciones sociales, como la acelerada masificación de los ámbitos urbanos, empezaron a hacer evidente, en especial en el marco de los procesos electorales, la insuficiencia de los sistemas políticos fundados en los principios republicanos.

La consolidación de los Estados nacionales en la coyuntura del fin del siglo XIX representó un proceso que sentó las bases de un orden nacional estable. Esto quiere decir que el Estado pudo desarrollar políticas fiscales que permitieron consolidar verdaderos presupuestos nacionales, se formaron ejércitos nacionales con más autonomía respecto de los grupos dirigentes locales, el desenvolvimiento de sistemas educativos nacionales que pretendían justificar la definición territorial, las leyes comunes con derechos y deberes legales idénticos para toda la población y una ideología cívica unificada. Estos elementos afirmaron la presencia de un Estado nacional que trató de explicitar, de esta manera, la identificación entre los límites de la nación con los límites del Estado.

■ Algunas referencias teóricas

Las obras de aquellos autores latinoamericanos de principios del siglo se plantean la pregunta por la constitución de los caracteres nacionales como parte del proceso de consolidación del Estado nacional. Hay que tener en cuenta que la representación de “lo nacional” se elaboró con base en características que provenían de raíces encontradas. La referencia a determinados símbolos y valores

aparentemente preexistentes, vinculados con el pasado de algunos de los grupos sociales que habitaban el territorio, debían constituirse en factores decisivos de unidad. Este proceso posibilitó la movilización de una serie de representaciones culturales que le dieron forma a esos artefactos que hoy conocemos como las naciones.

Sin embargo, el concepto de nación, y por ende el de nacionalismo, en el ámbito latinoamericano tiene ciertas características en relación con el desarrollo de este mismo concepto en el ámbito de Europa occidental. Basta comparar el devenir de rasgos exclusivos de la nacionalidad como la lengua y la religión en ambas partes del Atlántico. Es un hecho que se evidencia cuando se contrastan los rasgos consagrados por obras como las de Hobsbawm o Gellner (Gellner, 1988; Hobsbawm, 1992) con las de ciertos autores latinoamericanos como Francisco García Calderón, Laureano Vallenilla Lanz, Alberto Edwards y Alcides Arguedas para dejar sobre la mesa los alcances sobre el carácter diferenciador que se le atribuyen a aquellos conceptos en Europa y en América Latina.

Por razones de espacio no desarrollaré el análisis de los referentes teóricos europeos citados. Más bien me concentraré en indicar el modo que el tema de la nación tiene en algunos de esos autores latinoamericanos. Para llevar a cabo este cometido voy a proponer una breve aproximación a las obras del venezolano Laureano Vallenilla (1870-1936) y el chileno Alberto Edwards (1874-1932). Para ello he decidido proponer una concisa contextualización en la que se dio la producción de estos autores, y luego abordaré algunos tópicos de estas obras relacionadas con la temática de la nación.

■ El cambio de siglo

El final del siglo XIX y el principio del siglo XX en América Latina fue un momento determinante para plantear el problema de la nación. Las coyunturas internacionales y continentales pueden explicar el enorme peso que significó la reflexión sobre la nación en esta época. Hechos como la derrota española de 1898, las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa se unieron a la coyuntura de los Centenarios de la Independencia, al fortalecimiento de la presencia de Estados Unidos en el subcontinente latinoamericano y

las transformaciones de las condiciones de vida en los diferentes países latinoamericanos.

En este contexto es importante destacar cómo el ejercicio de reflexión histórica desempeñó un papel preponderante. Forjó balances y sirvió de apoyo a los proyectos futuros de nación que se entrecruzaron en una época tan agitada. Dio inicio, pues, a una serie de consideraciones sobre la sociedad, que después se convertirían en fuentes básicas acerca de las consideraciones históricas y culturales para construir el carácter de la nación. El impacto de este tipo de trabajos, vistos desde la perspectiva contemporánea, ha alimentado la tendencia explicativa que se ha tratado de etiquetar en las últimas dos décadas bajo el rubro de nacionalismo cultural (Rama, 1981; Delaney, 2003).

En el cambio del siglo surgieron los indicios sobre los límites en la construcción de la república en los alcances restringidos de la convicción sobre el carácter milagroso, casi mágico, de las constituciones. Por eso, como lo ha señalado Quijada, en este periodo se estableció con claridad la necesidad de replantear la construcción de la nación como un ámbito distinto a la edificación del Estado (Quijada, 2003:314). Es por esta razón que los trabajos históricos adquirieron una función pública básica, porque surgió la necesidad de construir una comunidad amalgamada en la unidad de los ideales y por la afirmación de una colectividad homogénea.

Hay necesidad de señalar que para el cambio de siglo no se puede plantear una separación de las disciplinas del conocimiento como la que tenemos en la actualidad. Más bien el sello de unidad de aquellos esfuerzos es una marcada convicción por el papel que representaba el ejercicio de la escritura. Durante el siglo XIX, como lo he abordado en otra parte, se consolidó la noción de que la escritura debía educar y orientar. Por eso, el hombre de letras durante el siglo XIX y el cambio de siglo no era el que simplemente gozaba de las letras por lo que ellas transmiten de saber y de dudas, como ocurre en la tradición francesa; en el subcontinente, la escritura ha tenido hasta ahora una estrecha relación con la intención política, lo que le ha dado una importante función pública. Este hecho explica por qué la escritura en este periodo se encontraba incrustada en distintos procesos relacionados con los Estados en consolidación. La situación de transición del cambio de siglo me permite hablar de la figura del hombre de letras como un tipo social que podía llevar a cabo múltiples actividades al mismo tiempo (Gutiérrez, 2001; Betancourt, 2003).

De esta manera, el cambio de siglo en la mayoría de los países latinoamericanos fue un momento en el cual pervivió la figura del “escritor-funcionario” con toda la carga de prestigio social que se consolidó durante el siglo XIX; de ahí, el éxito que ha tenido la idea sobre el papel social de los hombres de letras dentro del proceso de construcción de los Estados en América Latina, que se encuentra estrechamente ligado a la consolidación de las representaciones nacionales.

■ Breve apunte sobre el positivismo

Como se indicó antes, la coyuntura de fin de siglo XIX impulsó la necesidad de preguntarse por los logros de la República, por explicar las dificultades que pervivían pese a todos los esfuerzos y tratar de planear un horizonte del futuro a partir de las conclusiones de estos análisis. De ahí que surgieran varios trabajos de diagnóstico y de caracterización de la realidad nacional. Estos diagnósticos tomaron la forma de “estudios sociológicos”, como ocurre con los trabajos célebres de Euclides da Cunha, Carlos Octavio Bunge, Francisco García Calderón, Alcides Arguedas, Andrés Molina Enríquez y Nicolás Palacios, cuyos diagnósticos de psicología social llegaron a la comprobación del “atraso” nacional y continental. Los referentes teóricos de esta forma de ejercicio intelectual se fundaban en la recepción de obras como las de Comte, Taine, Stuart Mill y Spencer, que se entremezclaron en la amplia corriente de ideas que se ha sintetizado en la expresión, el positivismo, y que describen el consenso de ideas políticas y sociales con las que empezó el siglo XX (Hale, 1991).

No obstante, la comprensión del positivismo *a posteriori* está cargada de prejuicios y simplificaciones, debido al tipo de implicaciones políticas que tuvo como corriente de ideas. La mayoría de los hombres de letras que adscribieron las nociones positivistas defendió la idea de un gobierno fuerte, que se oponía a la pervivencia de las ideas republicanas. Pero una aproximación detallada a las variantes de los referentes teóricos de aquellas obras de diagnóstico conlleva el descubrimiento de que no todos los positivistas quisieron hacer estudios de “psicología social”, y que más bien tendieron a desarrollar obras de carácter histórico. Por otra parte, no todo positivista era un organicista, ni todo organicista era seguidor de

Spencer, y aquellos que se asumían como positivistas no necesariamente eran anticlericales. Lo que vino después fue que se extendió sobre ellos una serie de anacronismos como, por ejemplo, el no haber utilizado categorías socioeconómicas a la manera del materialismo histórico (Plaza, 1996:127-179). Pese a todo, esas obras que abrieron el siglo XX con tales comprensiones de la sociedad nacional llegaron a valorarse después como las fundadoras de las ciencias sociales nacionales y muchas de sus interpretaciones históricas del pasado republicano llegaron a definir el carácter nacional de ciertos países latinoamericanos, como ocurre con la recepción de una obra como la de Alberto Edwards en Chile y Laureano Vallenilla en Venezuela.

■ Edwards y Vallenilla: dos autores de principios del siglo XX

En este contexto, deseo proponer una somera aproximación comparativa a partir de dos importantes obras: *Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (1919), que se debe a la pluma de Laureano Vallenilla, y *La fronda aristocrática en Chile. Historia política de Chile* (1927), de Alberto Edwards. En ambas se entremezclan no sólo la consideración de la interpretación histórica a secas, sino que pueden derivar una aproximación a las relaciones que se establecen entre la reflexión sobre el pasado político y el desenvolvimiento cultural de la sociedad. Sin embargo, estos rasgos esenciales de estas dos obras enfrentan la dificultad de que sobre ambos autores ha pesado la imagen de haber servido a gobiernos dictatoriales. Laureano Vallenilla fue uno de los principales ideólogos del régimen de Juan Vicente Gómez (1908-1935) y Alberto Edwards estuvo al servicio de Carlos Ibáñez (1927-1931). Esta participación política les endosó el lugar del ostracismo, una vez que tales regímenes fueron negativamente calificados desde la perspectiva de los gobiernos y proyectos políticos que vinieron después.

Esta situación permitió la simplificación de la importante labor intelectual de aquellos dos hombres de letras, y su obra se asoció de modo directo como un producto propio de la coyuntura en la que estuvieron ligados como funcionarios de tales regímenes. Pero el análisis de las obras de Laureano Vallenilla y Alberto Edwards permite hallar que las tesis sostenidas por estos hombres de letras fueron

planteadas mucho antes de que fueran participantes de primera línea en aquellos periodos históricos.

De vuelta al positivismo

Descubrir que Edwards y Vallenilla tenían posturas que sostenían gobiernos fuertes desde su juventud lleva a preguntarse de qué manera llegaron a ese tipo de conclusiones. Los referentes teóricos disponibles para estos hombres de letras como el comtismo y el evolucionismo, pese a ser dos teorías diferentes entre sí, ofrecieron un aspecto fundamental para el tema de la representación de la nación: el carácter histórico de los pueblos (Ortiz, 1986:13-35). Este aspecto sirvió para que las exploraciones de la realidad nacional se concentraran en las peculiaridades de la propia sociedad dentro de un horizonte “universal” y en “el estado moral elemental” o “psicología” de los pueblos que proporcionaba un concepto central como el de la raza.

Tanto Edwards como Vallenilla esbozaron, como diagnóstico básico de la nación chilena y venezolana, la creencia de que las revoluciones no pueden reemplazar a las evoluciones, que las transformaciones legales no modifican el “alma de la raza”, que quienes creen en el valor transformador de las leyes escritas confunden una nueva constitución política con un nuevo estado social y que supone que ese tipo de reformas legales pueden cambiar la realidad. Es ilustrativo indicar que al mismo tiempo y desde esta misma perspectiva se ubicaba el peruano Francisco García Calderón (García, 1907:205) y el boliviano Alcides Arguedas (Arguedas, 1937). Lo que plantean, entonces, como objetivo final de su labor intelectual es un proyecto de regeneración a partir de una amplia reconsideración del pasado nacional.

La idea de la regeneración de la sociedad se sirvió de una herencia central en aquellos años en toda América Latina: la recepción del positivismo sociológico. El positivismo sociológico es una corriente de pensamiento que condujo rápidamente a un darwinismo social cuyas nociones clave serían las de “medio” y “raza”. La presencia del positivismo sociológico se manifestó en una clara preocupación por los problemas de la psicología colectiva de los pueblos, por la crisis del latinismo y por apuntalar los primeros esbozos de sociología nacional crítica. En este horizonte conceptual descansa el interés por abordar el problema de los orígenes de las

repúblicas centenarias, la pugna de las razas y la reflexión en torno a dos fenómenos específicos: la inmigración desbordante en varios países, un problema clave en el Cono Sur, y el reto económico, político y cultural que representaba el panamericanismo impulsado por Estados Unidos (Mainer, 1977:83-144).

El darwinismo social devino, pues, en un determinismo racial que tenía como sustento una teoría de las razas que fundamentaba el pesimismo sobre el mestizaje que se desenvolvía en el ámbito latinoamericano. De tal suerte que las razas constituían el resultado final de un largo proceso de decantamiento, que al cruzarse causaba una traza negativa en el tipo puro de la raza. Sobre estos presupuestos se fundó un ideal político que, al mismo tiempo, sirvió para interpretar los diagnósticos que pudieran hacerse sobre la realidad nacional circundante. Ese ideal partía de la certeza de que “el progreso” estaba restringido a las sociedades “puras”, libres de cualquier proceso de mestizaje (Moritz, 1993:43-66).

Uno de los elementos que mejor expresa la presencia del determinismo racial como fuente explicativa de la situación contemporánea encontró expresión en torno a los discursos que se produjeron acerca de la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos. Allí se dio una “racialización extrema de las dicotomías”, en la medida que el conflicto fue explicado, tanto en América como en Europa, como un combate entre dos “razas” consideradas antitéticas: la latina y la anglosajona (Quijada, 1997:589-609).

El modelo racial sirvió para explicar las jerarquías y las diferencias en los ámbitos nacional e internacional, aunque la existencia de este modo interpretativo no significó la anulación de un proyecto de “nación mestiza” y su probable viabilidad en el futuro, como ocurriría después de la década de los veinte en el ámbito latinoamericano. Mientras tanto, Edwards y Vallenilla consideraban “el atraso nacional” y “el caos político” como efectos nocivos del tipo de composición racial de las sociedades nacionales. De esta manera, ambos autores construyeron una caracterización del espíritu nacional que tenía ciertas implicaciones políticas.

■ Escribir historia

La elaboración de interpretaciones históricas tenía una estrecha relación con la actividad política. Es una vieja tradición que tuvo una amplia actividad en el siglo

XIX, y que tanto Edwards como Vallenilla continuaron a principios del siglo XX. La elaboración de estudios históricos en la biografía intelectual de ambos demuestra el peso que tenía para ambos el trabajo intelectual. Los dos creían que mediante el ejercicio de sus reinterpretaciones del pasado nacional se llegaría necesariamente a una nueva forma de comprender “la realidad nacional”, es decir, a una nueva forma de construir la nación. Pero el hecho de que este esfuerzo intelectual adquiriera la forma de trabajos históricos tiene que ver con las implicaciones que podían derivar de sus fuentes teóricas porque, al mismo tiempo que Edwards y Vallenilla emprendieron estos análisis en sus respectivos países, un hombre como Arguedas, que coincidía en sus objetivos de comprensión de la realidad, apelaba más bien a la forma literaria como la novela, y García Calderón apenas empezaba a dejar atrás el ejercicio de la crítica literaria y el análisis filosófico para adentrarse en el campo sociológico e histórico.

Vallenilla estaba convencido de que la única forma de explicar el “desorden” contemporáneo podía darse si se apelaba a la historia, que servía de instrumento para “romper con los viejos moldes, para que la historia, nuestra historia, no continuara sirviendo únicamente de tema a cuentos épicos y romances heroicos” (Vallenilla, en Plaza, 1996:143).

En el mismo horizonte se ubicaba Edwards, que veía en los estudios históricos la posibilidad de cuestionar las versiones de la historia liberal chilena, con lo cual dio inicio a un “revisionismo histórico conservador”, que lo convierten en un crítico, pero al mismo tiempo portavoz de la aristocracia chilena, que gracias a su devenir se había convertido en una de las causas del desorden contemporáneo (Cristi, 1991:143). Para Edwards, el estudio de la historia ofrecía la posibilidad de “construir el alma del país y sus transformaciones” (Edwards, 1945:13) que había llegado a constituirse alrededor de una línea de continuidad en torno a la noción de autoridad.

La comprensión del presente a través del pasado, que a la vez permite entender el carácter nacional, deja al descubierto las implicaciones de la historia y la política mediada por el tema de la cultura nacional. En América Latina esta relación es básica. Es paradójico que estos autores considerados como ultraconservadores, con la carga negativa que tiene un juicio de esta índole, hayan descubierto desde una época tan temprana el tipo de datos que se podían obtener de la exploración sobre la constitución de las nacionalidades a partir de objetos de estudio

como la aristocracia, los partidos políticos, las instituciones, las ciudades. Estos referentes de trabajo los llevaron a discutir temas que después serían asumidos como del ámbito propio de una corriente de escritura de la historia como la historia social, que vendría mucho después, regida por otros intereses políticos. Un hecho elocuente que ejemplifica estas consideraciones se encuentra en las reflexiones que Laureano Vallenilla hizo sobre el carácter de guerra civil que tuvieron las luchas de la Independencia de Venezuela y las reflexiones que hizo en torno a los levantamientos de Boves en los Llanos venezolanos. Tales propuestas, que se encuentran en textos como “La guerra de nuestra independencia fue una guerra civil” (1912), que forma parte de *Cesarismo democrático*, se pueden contrastar con el interesante estudio de Germán Carrera Damas, *Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de Independencia* (1968).

■ La búsqueda de la nación

La obra de Edwards y la de Vallenilla renovaron las interpretaciones del periodo republicano al abordar temas como los grupos que promovieron y se opusieron a los cambios y el tipo de influencias que ejercieron las ideas del liberalismo constitucional en relación con el desenvolvimiento de la historia nacional.

Por otra parte, en ambos autores hay un explícito interés por escudriñar a través del pasado la postulación de características a partir de las cuales se puede definir a la nación. Este tipo de caracterizaciones se fundaba en referentes teóricos e ideológicos que fueron básicos para el tratamiento de la diversidad social y que ellos tuvieron a mano. En la actualidad parecen obvias las dificultades para representar a la nación desde aquellos puntos de partida, como se expresa en la recepción de modelos de escritura de la historia traídos de Europa. Los ataques a la llamada historia tradicional se basan en las limitaciones que tienen estas representaciones de las realidades locales y nacionales. El tema recurrente de esta crítica se refiere con preferencia al tipo de exclusiones, de silencios y olvidos que se insertaron en el espacio de la representación de la nacionalidad. Sin embargo, como lo he indicado en otro lugar, pese al valor que tiene este tipo de señalamientos hacia la llamada, pero no definida, historia tradicional, el carácter novedoso de aquellas críticas debe ser relativizado, o por lo menos delimitado en el ámbito

latinoamericano. En especial si se tiene en cuenta que la presencia de esta tradición de escritura en América Latina plantea una línea de continuidad con la búsqueda de la unidad nacional.

La caracterización nacional, importante en sí misma, ofreció elementos básicos a las obras de Edwards y Vallenilla para explicar el desenvolvimiento político de la República. En ello radica el interés de reflexionar sobre el papel que implicaba en su tiempo la escritura y la reflexión sobre el pasado.

■ El nacionalismo

Asumir el carácter nacional que se forjó a partir de aquella labor de diagnóstico y prospectiva no sólo respondía a la necesidad de crear una unidad nacional, sino que también fue la respuesta a la presencia, influencia y acciones de los proyectos de expansión imperialistas sobre el subcontinente. El nacionalismo en América Latina se generó, pues, en “un mundo de relaciones de poder, competencia, conflicto”; es decir, era una respuesta puntual al orden imperial que se establecía en esos momentos. Por eso, el nacionalismo en América Latina constituye una resistencia a los intentos de “conformar un orden donde las desigualdades entre los individuos y entre las naciones no [condujeran] a escandalosos abusos” (Sosa, 1998:17). Fue desde esta perspectiva como las propuestas de los discursos sobre el carácter nacional, al mismo tiempo que el americanismo, establecieron especulaciones afirmativas y optimistas que pretendían proporcionar dignidad histórica a las herencias latinoamericanas. Si bien este era el aspecto más determinante, si se tienen en cuenta las perspectivas de un panorama internacional como se ha visto hasta aquí, el análisis de la nación tenía como objetivo incorporar elementos internos para esclarecer el rumbo del Estado después de una centuria de vida republicana.

Los trabajos de Edwards y Vallenilla buscaban fortalecer un Estado ya existente para garantizar el porvenir ante un panorama de crisis. En primer lugar, por el avance de la masificación de la sociedad. En segundo lugar, por el desarrollo de las ideas republicanas y el parlamentarismo igualitarista que ponía freno a los gobiernos fuertes desatando, según ellos, el desorden social que tenía como consecuencia la crisis económica, política y social. De ahí la necesidad de reivindicar la

presencia de la autoridad incuestionable y el valor de ciertos grupos sociales al interior de las sociedad nacional.

Las críticas al carácter homogeneizante y autoritario de este tipo de consideraciones tienen mucha razón desde la perspectiva igualitaria de hoy, pero no se puede perder de vista que el discurso sobre la nación no puede reducirse a un espectro homogéneo, único. Ni puede equipararse fácilmente con el tipo de discursos nacionalistas que se desarrollaron en España, Italia y Alemania. En el caso latinoamericano, el discurso de Edwards y Vallenilla no alcanzaron una forma política semejante al fascismo; es decir, no pudieron formalizarse como movimientos de masas, aunque sí colaboraron en la legitimación de determinados gobiernos.

En el desenvolvimiento del nacionalismo en América Latina también se consolidó un aspecto particular. Mientras se planteaba el diagnóstico nacional también hubo una reestructuración de la ideología continental. Se forjó de nueva cuenta el interés por el establecimiento de La Patria Grande, y a partir de esta consideración resultó una serie de reflexiones sobre el desenvolvimiento del nacionalismo y las implicaciones que derivaban de las concepciones de la nacionalidad como una crítica severa a la desunión ante el avance del imperialismo estadounidense.

A casi cien años de distancia se plantea, entonces, la necesidad de repensar los alcances de estas propuestas, en especial cuando el proyecto de conformación de los Estados nacionales y los criterios de identificación nacional han entrado en crisis en la época contemporánea. Y, sobre todo, cuando la crisis del Estado ha hecho manifiestas las problemáticas inherentes a los discursos de la nacionalidad: “la ficción de homogeneidad en que se funda la nación como tal, revelando la violencia originaria” (Palti, 2003:144).

■ A manera de conclusión

Es importante destacar que la escritura de la historia y la construcción de la nación inherente a esta actividad incluyen como uno de sus pilares a la actividad de los hombres de letras, entendidos como hacedores de productos simbólicos que tuvieron un significado político. Generalmente, estos productos son interpretacio-

nes de la realidad social que le es contemporánea y del pasado que le dio origen. Sin embargo, el privilegio acrítico de las nociones de “cambio”, “desarrollo” y “transición”, en el ámbito interpretativo de los procesos históricos sociales de América Latina, se hizo bajo el supuesto de la “inevitable derrota” de “lo tradicional” y “lo premoderno”. No obstante, el acontecer histórico de los países latinoamericanos deja en claro la coexistencia simultánea de “lo tradicional” con “lo moderno” y el establecimiento de complejas relaciones entre ellos.

Por eso, se impone la necesidad de aproximarse a la dimensión de lo que se denomina “lo tradicional”, relegado y negado bajo aquellos presupuestos que no han podido explicar las razones de su persistencia y de sus valores. De ahí que tener en cuenta las consideraciones de algunos hombres de letras latinoamericanos como Laureano Vallenilla y Alberto Edwards, asociados al ámbito de “lo tradicional” debido a su postura acerca de la relevancia de los gobiernos fuertes para la situación que les fue contemporánea, es importante en la medida que permite comprender los procesos histórico sociales desde un ángulo que rara vez ha sido abordado en las ciencias sociales y humanas en América Latina.

Por otro lado, la aproximación general que se ha hecho a lo largo de este texto sobre la problemática de la nación a finales del siglo XIX y principios del siglo XX demuestra que es un problema nodal en el ámbito latinoamericano en el desenvolvimiento de sus procesos históricos. Y en ese entramado, el papel de los textos históricos es fundamental. La construcción de la nación es una elección en la que el pasado alcanza coherencia en función del presente y el futuro. Las interpretaciones del pasado surgen, precisamente, de coyunturas que justifican la decisión de adoptar entre los hechos pasados los que resultan adecuados a la construcción de la nación. En este aspecto, son muy claras las referencias interpretativas sobre el pasado nacional que elaboraron Laureano Vallenilla y Alberto Edwards. Al mismo tiempo, esa dinámica escrituraria en la elaboración de una historia que sirve para esculpir el rostro de la nación tiene implicaciones políticas y, por eso, tanto el escritor chileno como el venezolano desarrollaron interpretaciones históricas para legitimar determinados proyectos políticos. Por tal razón, los escritos y las interpretaciones del pasado que se hicieron a lo largo del siglo XIX y durante el siglo XX son baluartes del surgimiento y permanencia de las distintas naciones latinoamericanas.

■ Bibliografía

- ARGUEDAS, Alcides. 1937. *Pueblo Enfermo*. 3ª ed. Biblioteca América. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- BETANCOURT-MENDEIETA, Alexander. 2003. "La nacionalización del pasado. Los orígenes de las 'Historias patrias' en América Latina". En: Friedhelm Schmidt-Welle (ed.). *Ficciones y silencios Fundacionales. Culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert. pp. 81-99.
- BURKE, Peter. 1997. *Historia y teoría social*. Traducción de Stella Mastrangelo. 1ª ed. en español, *Itinerarios*. México D.F.: Instituto Mora.
- CARRERA-DAMAS, Germán. 1972. *Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de Independencia*. 3ª ed. Ediciones de La Biblioteca. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- COLMENARES, Germán. 1987. "Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango* XXIV, núm. 10, pp. 3-19.
- . 1997. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispano-americana del siglo XIX*. Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo.
- CRISTI, Renato. 1991. "El pensamiento conservador de Alberto Edwards". *Estudios Públicos*, núm. 44, pp. 141-80.
- EDWARDS-VIVES, Alberto. 1945. *La fronda aristocrática. Historia política de Chile. Obras históricas y políticas*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- DELANEY, Jean H. 2003. "El Ser Argentino: Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina". *Journal of Latin American Studies*, vol. 34, núm. 3, pp. 625-58.
- GARCÍA-CALDERÓN, Francisco. 1907. "La nueva generación intelectual en el Perú". En: *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. Valencia: F. Sempere y Compañía Editores.
- GELLNER, Ernst. 1988. *Naciones y nacionalismo*. Traducción de Javier Seto. Madrid: Alianza Editorial.
- GUTIÉRREZ-GIRARDOT, Rafael. 2001. *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va.
- HALE, Charles A. 1991. "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930". En: Leslie Bethell (ed.). *Historia de América Latina 1870-1930*. Barcelona: Crítica, pp. 1-64.

- HARTLYN, Arturo Valenzuela y Jonathan. 1997. "La democracia en América Latina desde 1930". En: Leslie Bethell (ed.). *Historia de América Latina. Política y sociedad desde 1930*. Barcelona: Crítica. pp. 11-72.
- HOBBSAWM, Eric. 1992. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Traducción de Jordi Beltrán, Libros de Historia. Barcelona: Crítica.
- JULIÁ, Santos. 1989. *Historia social/sociología histórica*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- MAINER, José Carlos. 1988. "Un capítulo regeneracionista: El hispanoamericanismo 1892-1923". En: *La doma de la quimera. (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España.)* Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. pp. 83-134.
- MORITZ-SCHWARCZ, Lilia. 1993. *O Espetáculo das raças. Cientistas, instituições e questão racial no Brasil 1870-1930*. São Paulo: Companhia das Letras.
- ORTIZ, Renato. 1986. "Memória coletiva e sincretismo científico: As teorias raciais do século XIX". En: *Cultura brasileira e identidade nacional*. São Paulo: Brasiliense. pp. 13-35.
- PALTI, Elías. 2003. *La nación como problema. Los historiadores y la "Cuestión Nacional"*. Vol. 634, Colección Popular. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PLAZA, Elena. 1996. *La tragedia de una amarga convicción: Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla-Lanz (1870-1936)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- QUIJADA, Mónica. 1997. "Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano". *Hispania*, LVIII/2, núm. 196, pp. 589-609.
- . 2003. "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano." En: *Inventando la Nación. Iberoamérica, Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. pp. 287-315.
- RAMA, Carlos M. 1981. *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid: Tecnos.
- ROWE, Vivian Schelling and William. 1993. *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*. Traducido por Hélène Levesque. México: Grijalbo.
- SOSA ÁLVAREZ, Ignacio. 1998. "Nacionalismo y populismo. Dos interpretaciones distintas de una experiencia única". *Política y Cultura*, núm. 11, pp. 7-28.

VALLENILLA LANZ, Laureano. 1991. *Cesarismo democrático y otros textos*. Selección, notas, cronología y bibliografía de Nikita Harwich-Vallenilla. Caracas: Biblioteca Ayacucho.